

## Notas del mes

### Hernán Díaz Arrieta en la Academia

En una bella ceremonia, a la cual concurrió una selecta concurrencia que llenó el Salón de Honor de la Universidad de Chile, se incorporó a la Academia Chilena de la Lengua Hernán Díaz Arrieta, Alone, pseudónimo que ha llegado a conquistar todo el relieve de la celebridad en los países de habla hispana incluyendo a España, en el ejercicio de la crítica literaria.

Y es que en realidad, Alone es una figura eminente en nuestras letras. Conocedor profundo de la trayectoria seguida por el movimiento literario de nuestro país, ha ido auscultando el pulso de los escritores nuestros a lo largo de más de treinta años y escudándose tras una cortina de soledad, de aislamiento que en ningún momento llega a constituir en él, la expresión de lo huraño ni de lo hostil, personalmente, ha logrado decir su verdad neta, sin ambages, sin eufemismos, sin afeites de ninguna especie. De este modo Díaz Arrieta ha llegado a ser, a ratos, el terror de los escritores debutantes, de los que por primera vez se aventuran a lanzar al juicio público lo que lle-

van dentro de su sensibilidad. Pero también en muchas ocasiones, acaso incontables, Alone ha sido un gran estimulador, un hombre que ha lanzado entusiasta la alegre campanada anunciando que un positivo valor literario se destaca en nuestro ambiente, tan restringido y cuajado de múltiples recelos y mezquindades.

Acaso en ningún momento la Academia ha hecho una elección más acertada para llevar a su seno, a un hombre de la capacidad y del significado que la labor de Díaz Arrieta representa en nuestra cultura. Porque sus juicios inflexibles e inapelables, han hecho siempre mucho más bien que mal. Han rectificado una línea estética que en muchas ocasiones amenazaba desbarrancarse por las pendientes del mal gusto. A lo largo del tiempo se le ha ido reconociendo sus méritos, y acaso él mismo, como todo hombre susceptible de errar, ha reconocido en la labor de muchos de nuestros escritores lo que hay de meritorio, aunque a sus principios estéticos no le acomoden ciertas tendencias, las cuales insiste en criticar, sin dejar de mirar la otra cara de la moneda que se lanza a la circulación literaria.

Hay que celebrar en Hernán Díaz Arrieta, la voluntad, la fe, la persistencia que ha tenido en ejercer la crítica literaria como una especie de cátedra, en la cual domingo a domingo ha ido fijando lo que tiene más relieve y más enjundia humana en nuestra literatura. En un estilo ágil, penetrante, en el cual las ideas adquieren inusitado brillo expresivo, emite sus juicios personalísimos. Sólo en muy contadas oportunidades le vemos citar libros y autores para apoyar sus opiniones. Sus conceptos estéticos han alcanzado una madurez, una agudeza y un don interpretativo

realmente sorprendentes. De este modo, la flúida livianura de su estilo ha logrado convertir sus crónicas literarias semanales, en lectura apetecida por el público. Y así no es raro oír el comentario que se hace de ellas, aun los ambientes más alejados de los corrillos literarios.

Hay que alabar además en Alone, el respeto que siente por el creador esforzado, por el hombre que dedica al arte lo más esencial de su vida. En esas ocasiones, Alone, es posible que siga censurando aquello que no concuerda con sus gustos, pero nunca olvida que un juez debe ser, a la par que severo, justo. Se asoma lleno de curiosidad y de interés a examinar lo que un escritor tiene en su esencia íntima para persistir en la tarea.

Su discurso de incorporación a la Academia se publica en las páginas de este número de «Atenea». Fué recibido en la docta corporación por don Ricardo Dávila Silva, quien disertó largo y tendido sobre la labor del crítico y la trascendencia que ella tenía para nuestra cultura.

Se ha dicho en muchas ocasiones, que Alone es el crítico más eminente que existe en la actualidad en el idioma español. Y esta afirmación da la medida de su jerarquía intelectual y a la vez la importancia que tiene para la Academia Chilena de la Lengua, el hecho de incorporarlo a su seno.

### Blanco Amor y una condecoración

Eduardo Blanco Amor vino a Chile y se sintió conquistado por su tierra y por su gente. En su libro, de reciente publicación, «Chile a la vista», nos da una muestra viva y evidente de este limpio cariño que le